



AÑO IV

→ BARCELONA 26 DE OCTUBRE DE 1885 →

NÚM. 200

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



CUADRIGA EN EL PALACIO DEL CONSEJO IMPERIAL EN VIENA

(Modelada por el renombrado artista V. Pilz)



## SUMARIO

NUESTROS GRABADOS.—OBSERVACIONES SOBRE EL CARÁCTER DE DON JUAN TENORIO, por don F. Pi y Margall.—UNIFICACION DE FECHAS, por don E. Benot.

GRABADOS: CUADRIGA EN EL PALACIO DEL CONSEJO IMPERIAL EN VIENA.—EN LA ALDEA, cuadro por J. Hahn.—LOS LOLARDOS, copia del celebrado cuadro de J. Schikaneder.—NO HARIA MAL MODELO.—MODESTIA, cabeza de estudio por J. Zenisek.

## NUESTROS GRABADOS

## CUADRIGA

en el palacio del Consejo Imperial en Viena

(Modelada por el renombrado artista V. Pilz.)

Este grupo, concebido con valentía y ejecutado con grandiosidad, es digno, bajo muchos conceptos, de la escultura griega y romana. Desde luego nos parece superior á los renombrados caballos de bronce que decoran la basílica veneciana y cuya actitud, por demás tranquila y uniforme, contrasta con el calor y la sangre de los cuadrúpedos vieneses. Una cosa llama en estos la atención y es que no muevan una misma mano los cuatro, como entendemos ha de suceder en toda cuadriga bien amestrada y cómo sucede en los caballos de San Marcos. Es indudable que, haciendo mover á los brutos distintas manos, ha evitado Pilz el peligro de la igualdad de actitudes; pero los efectos obtenidos en detrimento de la verdad no pueden dispensarse sino á los artistas vulgares, y menos en obras que forman la parte decorativa más importante de un suntuoso edificio nacional.

## EN LA ALDEA, cuadro por J. Hahn

Los habitantes de las grandes poblaciones no conciben la vida en ciertas aldeas más que humildes, cuyas chozas resguardan apenas del rigor de los elementos á quienes las ocupan. Y los aldeanos, por su parte, no aciertan á comprender cómo sea posible que personas acomodadas se resignen á vivir entre cuatro paredes, cuando existe, no lejos de la ciudad, tanto aire, tanto espacio, tanto sol y tanta salud. Bajo este punto de vista hay que considerar la existencia en la aldea, donde cada vecino dispone libremente de ese palacio, tan inmenso como bello, que se llama la naturaleza.

Comprendiéndolo de esta suerte el autor del cuadro que publicamos, ha trazado una escena típica de lo que podríamos llamar la escuela de párvulos de la aldea, escuela cuyo local no tiene competencia en los mejores establecimientos con que el progreso pedagógico ha dotado las más renombradas ciudades.

El pensamiento es simpático y Hahn lo ha ejecutado con exquisito sentimiento. Es realmente agradable la vista de esas criaturas, medio contenidas apenas por los deberes escolásticos, que indudablemente no producirán muchas Staeles ni muchas Fernan Caballero; pero que proporcionarán, con el tiempo, á aquellos honrados labradores robustas compañeras, fieles esposas y previsoras madres de familia.

## LOS LOLARDOS,

Copia del celebrado cuadro de J. Schikaneder

Entre las muchas sectas á que dió lugar la reforma religiosa que hizo célebre en la historia al siglo xvi, la de los lolardos fué una de las que obtuvieron mayor número de prosélitos, y por lo mismo fué, igualmente, una de las que mayores persecuciones hubieron de sufrir por parte de los católicos, empeñados en aquella lucha de la unidad religiosa y de la unidad monárquica contra la libertad de exámen en lo espiritual y en lo temporal. Apellidáronse Lolardos, según unos, del nombre de su fundador Gualtero Lollar; según otros de la palabra *lollen* ó *lullen* que en alemán significa orar á media voz, que era una de las prácticas de los reformadores.

Excitadas las pasiones de una manera indecible, cada cual defendía su criterio con el hierro y el fuego: las hogueras consumieron á muchos reformados, y la espada de estos dió cuenta de muchos católicos. Los lolardos, empero, no extremaron sus venganzas, y si encendieron varias hogueras fueron principalmente para quemar los muchos libros escritos para condenar su doctrina.

La escena representada en nuestro cuadro figura uno de esos autos de fe: junto á la hoguera que consume las obras de sus contrarios, los lolardos entonan en voz baja uno de esos psalmos que constituían el fondo de oraciones de los reformados. La obra tiene colorido, expresión y sentimiento. A la simple vista se echa de ver en sus personajes ese tinte de misticismo, esa rudeza fanática que caracterizó durante mucho tiempo á los heterodoxos de Alemania y de Inglaterra.

Una observación, hija de preocupación quizás. ¿No les parece á nuestros lectores que ese cuadro, por el tipo, dibujo y agrupación de varios de sus personajes, y aun por el tinte general que en él domina, tiene mucha analogía con uno de los más célebres y populares lienzos de la moderna pintura española?

## NO HARIA MAL MODELO

Un artista errante, uno de esos entusiastas profesores que, con la mochila á la espalda, buscan un punto de vista con el empeño de Diógenes cuando buscaba á un hombre, ha establecido su taller de campaña al pié de una colosal

encina. Satisfecho su afán con algunas horas de trabajo, el calor, el silencio, la fatiga, le invitan al descanso: su mano suelta el pincel y alumbró el cigarro, toma la actitud horizontal y sueña con los ojos abiertos...

Su éxtasis, como diría un místico, su *rêverie*, como diría un francés empleando una palabra intraducible, es interrumpido por una aparición. Del otro lado de una cerca natural le contempla, no sin cierta dulzura, una muchacha semi-rústica, cuya admiración comparten el artista y su obra.

Nuestro pintor no se toma la molestia de cambiar de actitud, como que la niña no ha de comprar su cuadro; pero tampoco renuncia á examinar sus líneas, porque la línea es la base de la belleza y la belleza es la piedra filosofal que persigue el arte. Después de una muda contemplación, á que la niña se presta adoptando, sin saberlo, una actitud elegante, nuestro pintor, que todo lo convierte en sustancia de taller, reasume la situación en la siguiente frase:

—No haría mal modelo...

MODESTIA, cabeza de estudio por J. Zenisek.

No es esta la vez primera que hemos tenido ocasión de incluir en nuestras páginas alguna obra de este aventajado pintor. La que hoy damos es de esas que bastan para cimentar la nombradía de un artista, pues si bien es sobria en detalles y sencilla por demás, esta misma sobriedad y sencillez hacen que se aprecie doblemente la destreza, el conocimiento artístico con que el pintor ha sabido dar á su obra la expresión que se proponía, la de la exquisita modestia que se revela en las facciones de tan simpática cabeza. Es indudable que el artista ha debido copiar un modelo tan ingenuamente modesto como digno de ser retratado por su pincel.

## OBSERVACIONES

SOBRE EL CARÁCTER DE DON JUAN TENORIO

POR DON F. PI Y MARGALL

## I

Confieso que Tirso de Molina es uno de mis autores favoritos. Me encanta en muchas de sus comedias la animación de los diálogos, la naturalidad y soltura de los versos, la elegancia del lenguaje, la sencillez del argumento, la manera fácil y agradable como lo desarrolla. Con todas estas cualidades le tendría en poco, á no conocerle una que, en mi sentir, es superior á todas y constituye al verdadero poeta. Le aplaudo y le admiro porque tiene el maravilloso don, que á tan pocos se otorga, de crear caracteres.

Crear caracteres no es para mí, ni puede ser para nadie, concebir personajes sin realidad y atribuirles más ó menos brillantes hechos, cosa fácil para el que no carezca de mediana fantasía; es darles un corazón, una voluntad, una inteligencia, una vida tal, que todos, en leyendo el poema ó el drama donde figuren, los veamos y toquemos como si vivieran, los distingamos perfectamente de los demás y los comprendamos hasta el punto de poder apreciar lo que en determinadas situaciones dirían ó harían. Inventarlos es cosa secundaria: se los puede tomar de la historia ó la leyenda, sin que por esto disminuya el mérito del que acierte á restituirles la vida que perdieron. Lo principal es convertirlos en seres vivos y armónicos que sean reales para los hombres, ya que no para la naturaleza.

Supo Tirso hacer esto como los primeros poetas, y de aquí la predilección en que le tengo. No sólo creaba caracteres; los desenvolvía de suerte que los daba á conocer á las primeras palabras de sus interlocutores. Procedía á la manera de Shakespeare, no á la de esos dramáticos de segundo orden, que no dejan comprender el espíritu de sus personajes sin hacerlos pasar por una larga serie de vicisitudes y contrastes.

¿Y qué caracteres los suyos! Verdaderos tipos de la especie, han adquirido algunos la popularidad de los de Cervantes é inspirado á muchos de los escritores que tras él vinieron. Son ricos, bellos, ideales y reales á la vez, mezcla feliz de la naturaleza y la poesía. Se los sigue sin violencia por las regiones más fantásticas, y aun allí se los encuentra verdaderos. Tienen sobre todo unidad, tanto, que difícilmente se los puede corregir que no se los falsee. Testigo el de D. Juan Tenorio, personaje que tantos poetas tomaron con posterioridad á Tirso por protagonista, ya de sus dramas, ya de sus cantos épicos.

El D. Juan de Tirso de Molina es un gallardo y seductor mancebo que se complace en ganar el corazón de las mujeres, las abandona en cuanto logró engañarlas, y vuela de flor en flor como la mariposa; un caballero de temple, que tiene su honor en mucho, no retrocede ante ningún peligro y atropella por todo en cuantos lances le ocasionan sus locos devaneos: un cristiano que olvida lo flaco de su naturaleza, mira lejos de sí la muerte, y goza, sin temor al infierno, de los placeres de la vida; un mozo que, arrebatado por el vicio, desoye al cielo, y sólo se arrepiente cuando le abrasa el fuego que ha de matarle; la imagen, por fin, del alma libre y el cuerpo cautivo.

No es un hombre de pasiones: ni ama ni odia. Siente, cuando más, por las bellezas que ve un calor que no trasciende al espíritu; y si alguna vez mata, es, no por odio ni por venganza, sino por arrollar un obstáculo. No conoce más que un amor, el amor propio, y por este determina su conducta. Se creería humillado si no venciera á la

mujer en quien puso los ojos; se tendría por indigno si no se abriera camino entre los que intentaran atajárselo; reputaría vil y bajo acudir á terceros para sus empresas. Se dirige á la mujer, fiando sólo en su gallardía y su lengua; se arroja á las más temerarias aventuras, fiando sólo en sus armas. Nada de escuderos que estén en acecho; nada de criados infieles que por soborno le franqueen la puerta. Ni pone siquiera en juego las artes del diablo: no hace brillar nunca ni alhajas ni joyas á los ojos de la mujer que está seduciendo. Se las promete á lo sumo para después de la victoria. ¿Le sale á alguien al paso? Tampoco le pide favor ni se disculpa.

No por eso es matón ni pendenciero: no usa de la espada sino en su defensa. Puesto á defenderse, no cede, en cambio, ni á la voz de la sangre. Pelea con los guardias del Rey de Nápoles; deja cadáver al comendador de Calatrava, que corrió á detenerle al oír los gritos de su engañada hija; y, sujeto ya por la sombra de ese ultrajado padre, esgrime contra ella su impotente daga. Cede una sola vez, y ésta cuando ve inútil toda resistencia.

Es tan incorregible como intrépido. En vano le reprenden unos, le amonestan otros, le destierra el Rey, le habla el autor de sus días en tan cortas como sentidas frases: continúa mintiendo y engañando. En vano se le amenaza con la otra vida: contesta con su ¡tan largo me lo fiáis!, que resume todo un carácter. En vano se ve casi presa de la muerte: no bien se salva, cuando vuelve á sus amores. Naufrago, llega sin sentido á la playa en hombros de su leal sirviente: al despertar y abrir los ojos, empieza por seducir á la pescadora que tuvo la desdicha de acogerle en su regazo.

Miente y engaña; pero adviértase bien, con el sólo objeto de cautivar mujeres y lograr la satisfacción de sus carnales apetitos; rara vez con el de atenuar sus faltas, ni procurarse oro, ni excusar un lance. Le repugnan la hipocresía y la bajeza. Al tropezar con D. Gonzalo, habría podido fácilmente desarmarle diciendo que no había llegado al honor de D.<sup>a</sup> Ana, como más tarde dijo: porque no se lo atribuyeran á miedo, siguió el engaño y prefirió abrirse paso con la espada.

Su honor de caballero lo tiene en tanto, que al verlo deprimido en la inscripción de un sepulcro, convida y reta la estatua del que allí yace. Yace allí el Comendador, á quien cree haber muerto en buena ley de guerra, y al leer en la lápida:

Aquí aguarda del Señor  
el más leal caballero  
la venganza de un traidor,

caliente la sangre y ofendido en lo más hondo del alma, le dirige los más crueles sarcasmos. ¡El traidor! No acaba de leerlo, cuando ase de las barbas la figura y dice:

Del mote reirme quiero.  
Y ¿os habeis vos de vengar,  
buen viejo, barbas de piedra?

Aquesta noche á cenar  
os aguardo en la posada,  
y allí el desafío haremos  
si la venganza os agrada;  
pero mal reñir podremos  
si es de piedra vuestra espada.

Larga esta venganza ha sido;  
si es que vos la habeis de hacer,  
bien puedo vivir dormido;  
que si á la muerte aguardais  
la venganza, la esperanza  
ahora es bien que perdaís,  
pues vuestro enojo y venganza  
tan largo me lo fiáis.

¿Qué habla aquí en D. Juan? ¿es la impiedad? ¿es la locura? No; habla todavía el amor propio lastimado, el pundonor herido. Con gusto habría visto entonces don Juan que se hubiese levantado del sepulcro el Comendador, provisto de todas armas y dispuesto á combatirle. Si ayer con denuedo, hoy con verdadero furor le habría acometido.

No, no es un impío el D. Juan de Tirso de Molina. Cree en Dios y la inmortalidad del espíritu. Cree en el cielo y el infierno. Cree en la eficacia de la confesión para salvarse. Cree posible rescatar por las oraciones de la Iglesia las almas de los que murieron en pecado. Cuando está en su aposento á solas con la estatua del Comendador, le dice:

Si andas en pena ó si buscas  
alguna satisfacción,  
aquí estoy. Dímelo á mí,  
que mi palabra te doy  
de hacer todo lo que ordenes.  
¿Estás gozando de Dios?  
¿Eres alma condenada  
ó de la etérea región?  
¿Díte la muerte en pecado?  
Habla, que aguardando estoy;

y cuando ve inevitable su muerte, exclama:

Deja que llame  
quien me confiese y absuelva.

Hace frente á la estatua al verla por la primera vez con vida, y se compromete á cenar de noche con ella en la iglesia donde está el sepulcro; pero tampoco por

impiedad, sino por ese exagerado honor, móvil principal de sus actos:

D. GONZALO ¿Cumplirásme una palabra como caballero?

D. JUAN Honor tengo, y las palabras cumplo, porque caballero soy.

D. GONZALO Dame la mano, no temas.

D. JUAN ¿Eso dices? ¿Yo temor? Si fueras el mismo infierno, la mano te diera yo.

D. GONZALO Bajo esa palabra y mano mañana á las diez te estoy para cenar aguardando. ¿Irás?

D. JUAN Empresa mayor entendí que me pedías: mañana tu huésped soy. ¿Dónde he de ir?

D. GONZALO A la capilla.

D. JUAN ¿Iré solo?

D. GONZALO No, id los dos, y cúpleme la palabra, como la he cumplido yo.

D. JUAN Digo que la cumpliré, que soy Tenorio...

Iré mañana á la iglesia, donde convidado estoy, porque se admire y espante el mundo de mi valor.

Cuando va D. Juan á cumplir su extraña promesa, oye de boca de su criado que es necesidad de necesidades ir á cenar con un muerto. Por toda contestacion le dice:

¿No ves que dí mi palabra?

y al llegar á la capilla, léjos de encogerse, se exalta al oír puestos en duda por D. Gonzalo su honor y su arrojo.

D. JUAN ¿Quién va allá?

D. GONZALO Yo.

D. JUAN ¿Quién sois vos?

D. GONZALO El muerto soy, no te espantes. No entendí que me cumplieras la palabra, segun haces burla de todos.

D. JUAN ¿Me tienes en opinion de cobarde?

D. GONZALO Sí, porque de mí huiste la noche que me mataste.

D. JUAN Huí de ser conocido, mas ya me tienes delante. Dí presto lo que me quieres.

D. GONZALO Quiero á cenar convidarte.

D. JUAN Cenemos.

D. GONZALO Para cenar es menester que levantes esa tumba.

D. JUAN Y si te importa, levantaré esos pilares.

D. GONZALO Valiente estás.

D. JUAN Tengo brio y corazon en las carnes.

Honor y placer: tales son los ejes sobre que gira el carácter de D. Juan Tenorio. Reune ese D. Juan la gracia del seductor y la bizarría del caballero; y, espontáneo en todas sus manifestaciones, lo mismo agrada cuando hace el amor que cuando arrostra la cólera ó la venganza de D. Gonzalo. ¡Qué bien dice cuando enamora! ¡Qué ligereza y soltura hay en sus palabras! ¡Con qué facilidad y con qué acento de convicción promete! Así acalla los celos de la pescadora, que se reconoce de condicion inferior á la suya:

D. JUAN No digas tal, Trisbea. En tu casa estoy, y estimo más ser en ella un humilde pescador mereciendo tu favor y tu mano hermosa y bella, que las riquezas mayores que el mundo puede ofrecer.

PESCADORA Casi te quiero creer, mas sois los hombres traidores.

D. JUAN ¿No echas de ver por los ojos, mi Trisbea, el corazon? Pues míos tus brazos son, no me niegues sus despojos. Abrazame y dame en ellos el alma.

PESCADORA Ya á tí me allano, mas con la palabra y mano de esposo.

D. JUAN Juro, ojos bellos que mirando me matais, de ser vuestro esposo.

PESCADORA Advierte, mi bien, que hay infierno y muerte.

D. JUAN ¡Tan largo me lo fiáis! Ojos bellos, miéntras viva, vuestro cautivo seré.

PESCADORA Esta es mi mano y mi fe.

D. JUAN Y ésta la mía, si estriba en ella vuestro sosiego.

Son aún más bellas y floridas sus palabras cuando trata de seducir á Arminta.

D. JUAN Arminta, escucha y sabrás, si quieres que te la diga, la verdad, si las mujeres sois de verdades amigas. Yo soy noble caballero, cabeza de la familia de los Tenorios, antiguos ganadores de Sevilla. Mi padre despues del Rey se reverencia y se estima en la corte, y de sus labios penden las muertes y vidas. Torciendo el camino acaso, llegué á verte, que amor guia tal vez las cosas de suerte, que él mismo dellas se admira. Víte, adoréte, abraséme, y es de suerte que me obliga á que contigo me case: mira qué accion tan precisa. Y aunque lo murmure el Reino, y aunque el Rey lo contradiga, y aunque mi padre enojado con amenazas lo impida, tu esposo tengo de ser.

Vencida la bella labradora, le dice D. Juan como para mejor seducirla:

¡Ay, Arminta de mis ojos! mañana sobre virillas de tersa plata, estrelladas con clavos de oro de Tíbar, pondrás los hermosos piés; y en prision de gargantillas la alabastrina garganta; y los dedos en sortijas, en cuyo engaste parezcan estrellas las amatistas.

«Tuya soy,» dice la infeliz Arminta, y D. Juan:

¡Qué mal conoces al burlador de Sevilla!

Nada aquí de exageraciones ni de largos razonamientos sobre el amor y la hermosura; nada que tienda á explicar la voluble y al parecer contradictoria naturaleza del personaje. Y, sin embargo, el carácter resulta, no sólo de buen dibujo, sino tambien perfectamente modelado. Se lo ve, por decirlo así, de carne y hueso ya en el primer acto, y no se necesitan esfuerzos de imaginacion para comprenderlo. Al empezar la comedia, sorprenden á don Juan en el momento de haber gozado de Isabela fingiéndose el duque Octavio. A los gritos de la dama acude el Rey, que pregunta con enojo: «¿Qué es esto?» D. Juan con el mayor desenfado contesta:

¿Qué ha de ser? Un hombre y una mujer.

Se revela ya todo su carácter en estas cortas palabras. Ordena luego el Rey á D. Pedro Tenorio que prenda á la dama y al atrevido caballero, y D. Pedro intima á su sobrino que se rinda. D. Juan se resiste y se prepara á la defensa. Es de notar lo altanero de su lenguaje:

No llegue ninguno á mí si morir no quiere aquí.  
Por la punta de esta espada llegad á comprar mi vida, que ha de ser tan bien vendida como de todos comprada.

Se comprende desde luego en sus dos fases á nuestro libertino caballero. Se le considera capaz de repetir el engaño en D.<sup>a</sup> Ana de Ulloa, matar al Comendador, devolverle ultraje por ultraje despues de muerto é ir á cenar con una sombra.

Pero este carácter ¿es moral? ¿es verdadero? Moral no puede serlo nunca el espectáculo de un mancebo que por antojo ó por el fugaz estímulo de sus sentidos corrompe y deshonor á cuantas mujeres encuentra al paso, y con tal de satisfacer los impuros apetitos de su carne, sacrifica sin vacilar los respetos que se debe al padre, al esposo, al amigo, al hombre. Ni puede serlo el de un caballero que por un falso pundonor injuria la estatua del padre de una de sus víctimas, á quien mató injustamente de una estocada, y al verla erguida ante sus ojos, á pesar de creer que hay en ella algo sobrenatural y sentir turbado su espíritu, la provoca y se presta á visitarla de noche en la oscura capilla donde habia de temer que recibiera su justo castigo. Si D. Juan hubiese creído que aquella estatua no era sino un engendro de su fantasía, no resultaria tan inmoral—tampoco tan grande;—pero él la tomaba como la verdadera aparicion del hombre á quien habia muerto, y era hasta cínico en el hecho de no temerla. Por esto, sin duda, Tirso le presentó al final de su comedia arrepentido y sin obtener el perdon que por su arrepentimiento buscaba; la mayor y la más terrible pena que podia imponerle á los ojos de su siglo.

Mas si la creacion del D. Juan no es moral, es en el fondo verdadera. El amor voluble es por desgracia comun entre los hombres. La monogamia está en las leyes, la poligamia en las costumbres. Ni falta quien haya sostenido ni quien sostenga que no es el corazon para cautivo de una sola belleza, ni el cuerpo para abstenerse de los encantos del mundo ínterin crucemos la primavera de la vida. Si lo dicen pocos, lo piensan muchos, y muchos más lo practican. Y ¡ay del que así lo entienda y de jóven lo ejecute! El amor voluble constituye en él naturaleza. Es una de las no pequeñas causas de la prostitucion que corroe las entrañas de los pueblos.

Tal vez alguien ponga en duda que en hombre tan dado á los placeres quepa un alma de robusto temple; pero no está reñido el valor con el más desenfrenado sensualismo. Alejandro no es una excepcion entre los héroes. De César se decia hiperbólicamente que era el marido de todas las mujeres de Roma. La prostitucion siguió con frecuencia los pasos de los ejércitos, y la violacion ha sido en todos tiempos la compañera inseparable de la guerra. Ni fueron más continentales los capitanes cristianos que los del paganismo. Se afanan las religiones por domar la carne, y en la carne encuentran su más tenaz rebelde.

Lo que parecerá fuera de toda verosimilitud es cuanto se refiere á la estatua de D. Gonzalo. Conviene que distingamos. Una cosa es el carácter de D. Juan, otra los medios empleados para su desarrollo. Pueden ser estos inverosímiles y aun falsos, y aquél verdadero. Que recobre un muerto en la estatua de su sepulcro la personalidad y la vida, no es en primer lugar inverosímil bajo el dogma católico. Admitido que Dios interviene en los negocios de los hombres y puede para sus fines interrumpir á su sabo, las leyes de la naturaleza, nada hay imposible. Puede Dios buscar en un muerto como en un vivo el instrumento de sus venganzas. Y bajo el dogma católico y para el mundo católico escribió Tirso la comedia.

Aun admitida la inverosimilitud del hecho, ¿en qué podria resultar falso el carácter de D. Juan Tenorio: en que D. Juan no retrocediese ante lo sobrenatural, ante lo desconocido? Desconocido era el Océano en el siglo xvr y lo cruzaron en busca de nuevos continentes Colon y sus compañeros. Desconocidas eran más tarde las comarcas interiores de América, y las exploraban hombres al parecer reñidos con su vida, trasponiendo cumbres coronadas de nieves eternas, que despedían torrentes de fuego y asordaban y hacían estremecer la tierra con sus rugidos. Desconocida, sobre todo, nos es la muerte, y la arrostramos y desafiámos hoy en campos de batalla donde se decide los destinos de dos pueblos, mañana en un laboratorio, al otro dia en un cadalso. El honor, cuando no el entusiasmo por una idea, nos arrastra frecuentemente á cruzar con paso firme los umbrales de la muerte, más allá de los cuales no vemos sino sombras y tinieblas. Los héroes de la Iliada luchan con los dioses del Olimpo sin que por esto nos parezcan falsos.

Precisamente por haber sabido el poeta presentar con arte en su protagonista esa mezcla del libertino y el héroe, esa entereza ante lo desconocido, esa firme voluntad que le hace caminar impávido al cumplimiento de su destino sin que experimente turbacion de que al instante no se reponga, es D. Juan no sólo un carácter, sino tambien uno de los tipos más populares que ha concebido la poesia. Tres siglos lleva ya de existencia, y todos los años acude la multitud al teatro ansiosa de oírle requebrar mujeres y verle recibir intrépido la irritada sombra de don Gonzalo. Place á las muchedumbres hallar cuando ménos en el teatro almas enteras, ya que en el mundo apenas ve más que almas tibias y cobardes, aunque tan viciosas como la de D. Juan Tenorio, veladas por la hipocresía.

Pero ¿es ya el D. Juan de Tirso el que se representa en el teatro? Le han ido modificando otros poetas, y me propongo examinar si mejorándole ó desfigurándole.

II

Despues de Tirso, Molière fué el primero que puso en escena á D. Juan Tenorio. Le comprendió mal y le desfiguró, con ser poeta de primer orden. Su D. Juan es razonador y escéptico. Sin ser hipócrita, emplea por cálculo la hipocresía. Carece de toda virtud y adolece de todos los vicios. No sólo es libertino, sino tambien tramposo. Se burla de sus acreedores y hace gala de saber despacharlos, dándoles por toda moneda buenas palabras. Hijo sin corazon, rabia por ver muerto á su anciano padre. Ya se insolenta con él, ya le engaña y le hace servir de escudo contra los vengadores de sus víctimas. No es ya un caballero, sino un canalla; no ya el galan seductor de Tirso, sino un calavera de mal género. Para colmo de inmoralidad, muere sin arrepentirse.

No sólo con relacion al de Tirso, sino tambien considerado en sí, resulta el D. Juan de Molière contradictorio y falso. Es más escéptico de lo que permitia su siglo: no cree en el cielo ni en el infierno, en Dios ni en el diablo, en la libertad ni en la Providencia, en la virtud de la medicina ni en la del hombre; cree sólo que dos y dos son cuatro, y cuatro y cuatro son ocho. Ese hombre, sin embargo, que todo lo niega y atribuye sólo al interés nuestros actos, da por amor á la humanidad una moneda de oro á un mendigo, y defiende espada en mano á un desconocido que atacan tres, sólo porque es desigual la lucha, y él no puede consentir tanta cobardía.

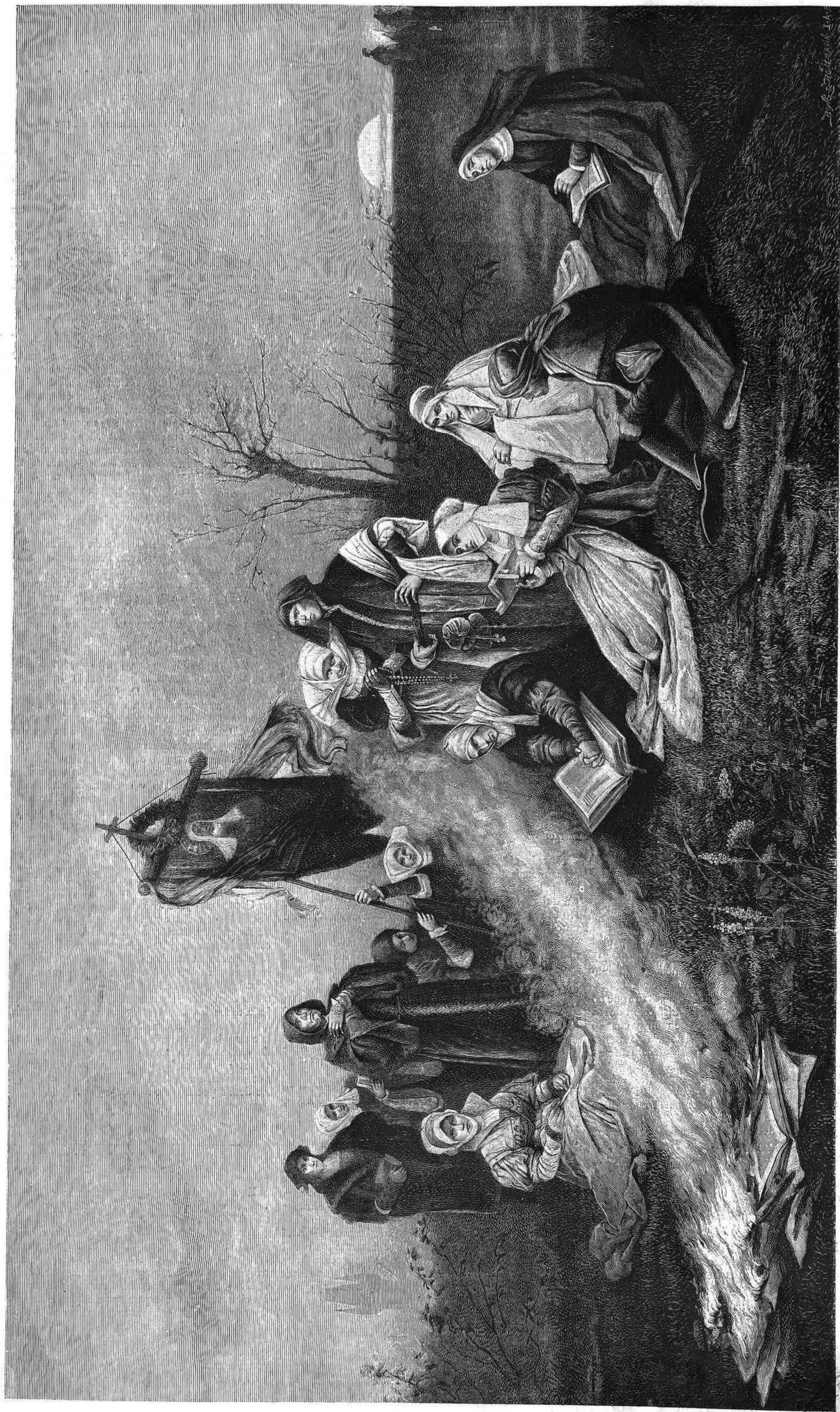
Escéptico hasta el punto de no creer en Dios ni en la inmortalidad del espíritu, mal podia ese D. Juan parecer un héroe recibiendo impávido la estatua del Comendador de Calatrava. Al que no cree en lo sobrenatural, ¿qué





EN LA ALDEA; cuadro por J. Hahn

BIENHECHOS  
MATEO  
BIBLIOTECA  
ARTISTAS



LOS LOLARDOS, copia del celebrado cuadro de J. Schikaneder



teor le han de infundir las sombras ni los espectros? Al que detrás del sepulcro no ve sino la nada ¿qué miedo le ha de inspirar ni aun la muerte? Con pintar Molière a su D. Juan completamente escéptico, le despojó sin querer de todo color épico y aun del carácter altamente dramático de que había sabido revestirle Tirso. ¿Lo habría conocido él mismo cuando a la aparición de la estatua de D. Gonzalo añadió la del espectro de D.<sup>a</sup> Elvira?

Quitó Molière al D. Juan de Tirso hasta ese aire particular del hidalgo que considera indigno esquivar los peligros. Tiene su D. Juan seducidas á dos pescadoras, cuando le avisan que vienen sobre él unos hombres á caballo. Abandona al punto su conquista, se disfraza y busca la salvacion en la fuga. ¿Qué diferencia entre ese D. Juan y el de Tirso cuando le acometen los guardias del Rey de Nápoles! Arremete el de Tirso contra sus agresores, y sólo se rinde porque puede sin mengua poner su espada en manos de su tío. El D. Juan de Molière es bajo hasta el extremo de emplear la hipocresía contra el mismo hermano de D.<sup>a</sup> Elvira, que horas antes había sido para con él tipo de caballeros. Se niega á reparar su delito afectando escrúpulos que jamás tuvo, y si bien no se niega á dar una satisfaccion por las armas, hace constar que no es él quien provoca el desafío, porque se lo prohíbe el cielo, un cielo en que no cree. Desconoce á no dudar el sentimiento del honor, alma del D. Juan de Tirso. Así es tan poco simpático, si no repugnante. Así es el de Tirso tan agradable y poético. ¿Quién dudará, con todo, que Molière quiso á la vez pintar en D. Juan al seductor y al caballero?

Ni como seductor puede compararse el D. Juan de Molière con el de Tirso. No seduce en la escena sino á dos ignorantes pescadoras que no saben hablar su lengua, y distan, por lo tanto, de la cultura y la delicadeza de alma de Trisbea y Arminta. Muestra habilidad é ingenio para convencer á las dos de que cada una es la preferida, pero no esa audacia ni esa fuerza de insinuacion que tanto contribuyen á rendir los más fuertes corazones. Es más cómico que dramático ni lírico. Saca de un convento á D.<sup>a</sup> Elvira, ignora por qué medios. Dudo que empleara los del D. Juan de Tirso, cuando se propone ganar á Arminta. Llega el D. Juan de Tirso á la cámara de la bella labradora cuando es ya hora de recogerse:

D. JUAN ¡Arminta!  
 ARMINTA ¿Quién llama á Arminta?  
 D. JUAN ¿Es mi Batricio?  
 D. JUAN No soy  
 tu Batricio.  
 ARMINTA ¿Pues quién?  
 D. JUAN Mira  
 despacio, Arminta, quién soy.  
 ARMINTA ¡Ay de mí! Yo soy perdida.  
 D. JUAN ¿En mi aposento á estas horas?  
 ARMINTA Estas son las horas mías.

¿Quién puede luego sufrir con calma en la escena á un D. Juan que, como el de Molière, despues de haber oído las justas y sentidas quejas de su padre, le dice por toda contestacion: «hablaria V. mejor sentado,» y al verle de espaldas prorrumpe en estas breves y escandalosas frases: «¡Ea! muérase V. lo más pronto posible; no hará V. cosa mejor. Es preciso que nos llegue á todos la vez, y me da ira ver padres que vivan tanto como sus hijos» (1)?

En el siglo XVIII quiso D. Antonio de Zamora dar nueva vida á D. Juan Tenorio. Le falseó tambien, aunque no tanto como el poeta de Luis XIV. Zamora pintó á su D. Juan creyente como el de Tirso; enemigo como el de Tirso de pensar en la muerte y privarse, por miedo á la vida futura, de gozar los placeres y los encantos del mundo; no ya como el de Tirso, gentil seductor y noble caballero. El D. Juan de Zamora es un sér abrutado que no vacila en recurrir á la violencia para la satisfaccion de sus torpes apetitos; riñe por solo el gusto de reñir, y cuando no tiene con quién, le emprende á estocadas con estudiantes que no le provocaron; quebranta osadamente las leyes de la hospitalidad y el duelo, y mata al Comendador sólo porque el Comendador, en cumplimiento de su deber, se opone á que ataque á su huésped Filiberto, pendiente un desafío; obra á sabiendas el mal y hace gala de no enmendarse á pesar de los consejos de los hombres y los avisos del cielo. Es díscolo, pendenciero, jactancioso, exagerado y despreciable. Es, no un sér espontáneo, sino un actor que está siempre en escena. Así es tan contradictorio y tan poco racional en su conducta. Del D. Juan de Tirso cabía decir que mujer seducida, mujer olvidada. El de Zamora, que

no es para andar de reata  
 con mujer á todas horas,

vuelve á los brazos de Beatriz despues de su viaje á Italia, y, novio de D.<sup>a</sup> Ana, se enfurece cuando sabe que se deshicieron sus ya concertadas bodas. La amaba, segun él mismo dice, á esa D.<sup>a</sup> Ana de Ulloa; la queria y á la vez la odiaba; no podía ni idolatrar ni olvidar, y padecía.

Otro tanto sucede con su bravura. Mata al Comendador, porque éste, como decia, le impide que riña con Filiberto; y, ya que con Filiberto riñe, despues de haber querido proseguir la lucha á pesar de los mandatos de su padre y el *¡ténganse al Rey!* de la justicia, abandona el campo por un simple consejo de su criado. Se resiste más tarde al Rey, que ordena le arresten; y cuando le ve cólerico, se retira por otro consejo del Conde de Ureña.

(1) Molière: *Le Festin de Pierre*. Acto IV, escena III.

Las razones que da para esos inesperados arrepentimientos son como suyas. Dice al criado:

Dices bien, pues á ir me fuerzan  
 un padre que me embaraza  
 y una dama que me espera;

y al Conde:

Quando un Conde  
 de Ureña en accion tan suya  
 me aconseja, ¿qué duda hay  
 que será lo que conduzca  
 á salir del campo airoso?

Es ya, no contradictorio, sino completamente falso el D. Juan de Zamora [cuando convida la estatua de don Gonzalo. El lector ha visto ya cómo y por qué hace otro tanto el D. Juan de Tirso. No sólo invita al Comendador á cenar, sino tambien á vengarse, y esto porque en la inscripcion del sepulcro donde la estatua yace lee que espera allí la venganza de un traidor el más leal caballero del siglo. El apóstrofe de aquel D. Juan al comendador de piedra está perfectamente motivado, sobre todo si se atiende á las exageradas ideas que sobre el honor profesaba tan bien concebido personaje. El D. Juan de Zamora insulta y convida la estatua sin que razon alguna lo explique:

CAMACHO ¿V á qué ha sido esta quedada  
 tan sin juicio y sin razon?  
 D. JUAN A ver este fantasmón  
 con su manto y con su espada.  
 CAMACHO ¿No está bueno el aparato  
 del sepulcro singular?  
 D. JUAN Buen sufragio es hermosear  
 la ruina con el boato.  
 CAMACHO ¿Con qué ceño tan profundo  
 nos mira su sobrecejo!  
 Miedo le tengo.  
 D. JUAN Buen viejo,  
 ¿cómo os va en el otro mundo?  
 Dirás que bien, claro está;  
 pero si en el Purgatorio  
 estás, á don Juan Tenorio  
 no le esperes por allá.  
 Y pues quien es tu contrario  
 ningun alivio te ofrece,  
 no hayas miedo que te rece  
 ni una parte de rosario.  
 CAMACHO ¿No está propio?  
 D. JUAN Sí, y lo malo  
 es, cuando entre aplausos medra,  
 que tenga espada de piedra  
 el que la trujo de palo.  
 CAMACHO ¿Que así le hables!  
 D. JUAN ¿No he de hablar,  
 si quiero su amigo ser?  
 Y para darlo á entender,  
 si esta noche ir á cenar  
 conmigo quieres, por mí  
 hecho está.

CAMACHO El juicio perdió.

No cabe ciertamente acto de mayor locura. Locura es obrar inconsideradamente; demencia insigne ultrajar en el sepulcro á un hombre de quien no se recibió agravio, y á quien, por lo contrario, se dió sin razon la muerte. No es ya ese D. Juan un carácter, sino la exageracion de un carácter, una especie de figuron dramático. Molière, con no motivar tampoco el convite, anduvo menos desatinado. Su D. Juan no insulta ni invita al Comendador; hace que le invite Esganarelo.

ESGANARELO Ahí tiene V. la estatua de don Gonzalo.  
 D. JUAN ¡Pardiez! Está divino con ese traje de emperador romano.  
 ESGANARELO En verdad que está bien. No parece sino que vive y quiere hablarnos. Nos echa unas miradas que, á estar solo, me darian miedo. ¿Sabe V. que tengo para mí que no le gusta la visita?  
 D. JUAN Haría mal y sería verdaderamente descortés, si no tomase á bien el honor que le dispense. A ver, preguntale si quiere venir á cenar conmigo.  
 ESGANARELO No creo que lo necesite.  
 D. JUAN Te digo que se lo preguntes.

Es de todas maneras este convite un antojo, una humorada, una verdadera salida de tono; pero ¡qué distancia de esto á lo de Zamora! Zamora lo abulta todo para llevar por fin á D. Juan en la escena de la capilla á caer de turbacion en turbacion y de espanto en espanto en el más cobarde arrepentimiento. Ni el D. Juan de Tirso ni el de Molière se inmutan hasta sentirse abrasados por el fuego de D. Gonzalo; y el de Tirso aun entónces se limita á pedir que se le confiese y absuelva. El de Zamora, que va á la iglesia en noche de relámpagos y truenos y quiere que su criado aplauda

el que el cielo,  
 viendo la oscuridad que hay en el suelo,  
 para ir adonde su valor desea  
 les dé en cada relámpago una tea,

desmaya en cuanto ve que le sirven el plato de culebras y acaba por abrazarse á la estatua y decir abatido y aterrado:

Ya lo veo, y pues mi muerte  
 su justicia satisface,

¡Dios mio! haced, pues la vida  
 perdí, que el alma se salve;

¡Piedad, Señor! Si hasta ahora  
 huyendo de tus piedades  
 mi malicia me ha perdido,  
 tu clemencia me restaure (1):

digno fin de tan falso personaje.

En el presente siglo muchos y muy grandes poetas han buscado en D. Juan el protagonista de sus más brillantes composiciones. El primero en fecha y en importancia ha sido el inglés Lord Byron, de inconcebible originalidad, de poderosa y ardiente fantasia y de vasta inteligencia. Escribió Byron sobre su D. Juan, no un drama, sino un poema, y un poema tan *sui generis*, que él mismo lo calificó de enigma poético. Desgraciadamente no lo concluyó ni lo dejó siquiera adelantado, apesar de haber compuesto nada ménos que diez y seis cantos. Segun dijo, apenas había entrado en materia; y en verdad, en verdad, que, si lo hubiese acabado, tendríamos en su rara epopeya la más fiel y completa fotografía de nuestra época.

Interrumpido á lo mejor el poema, sobradamente comprenderá el lector que no es fácil apreciar bien el carácter de este nuevo D. Juan Tenorio, al cual habria dado el autor sabe Dios qué desarrollo; pero en esos diez y seis cantos está lo bastante delineado para que pueda juzgarlo. No parece sino que Byron se propuso hacer el reverso del D. Juan que acabamos de ver en Zamora. El suyo no tiene nada de maton, ni de pendenciero, ni de vanaglorioso, ni de exagerado, ni de loco; es, por lo contrario, un hombre que hasta parece ignorar sus grandes y privilegiadísimas dotes. No por su propia voluntad, sino por el estímulo de las circunstancias, se van desenvolviendo sus facultades. Seduce sin querer, y ama con la pasion que le aman, como no se lo impida su orgullo. No hace jamás alardes de valor, y lo tiene en toda ocasion proporcionado á los peligros que corre. Permanece sereno en las mayores borrascas de la vida sin que jamás blasone de estoicismo. Elevado de repente á la cumbre de la grandeza, ni sufre los vértigos que da el poder y la gloria, ni ha de hacer esfuerzo alguno por levantar á la altura de su destino su corazon y su entendimiento. Parece siempre nacido para lo que es, sin que jamás peque de soberbio ni tampoco de humilde. Ensalzado ó abatido, rey ó esclavo, le sostiene siempre en un justo medio el sentimiento de su propia dignidad, el honor del D. Juan de Tirso.

Cambia de amores el D. Juan de Byron como el de todos los poetas; pero con una diferencia notabilísima. Cambia el de los otros poetas por temperamento, por una como idiosincrasia de carácter; el de Byron por casos de fuerza mayor que vienen á separarle bruscamente de sus pasajeros ídolos. Sigue el de Byron adorando en Julia, mientras no se hace público su adulterio y le obligan por una parte el escándalo y por otra la autoridad de una madre á dejar las riberas de la patria; mientras una tempestad y un naufragio no le llevan á costas para él desconocidas, y, desmayado de hambre y de cansancio, no despierta en los brazos de otra mujer encantadora, á quien cautivó, antes de abrir los labios ni los ojos, con su esbelta figura y sus bellas y mórbidas facciones. Haidée era el nombre de la isleña; y la quiere D. Juan con delirio aun despues de preso por los piratas de Lambro y vendido en Constantinopla por esclavo, aun despues de haberle brindado con sus atractivos Gulbeyaz, la más hermosa de las mujeres. Para que olvide á la enamorada griega, es preciso que se salve de las aguas del Bósforo, que habian de ser su tumba, se embriague en las sangrientas luchas de la toma de Ismail, vaya á llevar la noticia del triunfo al palacio de los Czares y gane el corazon de Catalina en medio de una corte dispuesta á llenar de lisonjas á todos los favoritos de su varonil soberana. Puramente sensual el amor de Catalina, con sólo los sentidos la ama y la paga el afortunado mancebo; y cuando está de embajador en Lóndres, como ninguna mujer se le muestre apasionada, por ninguna se apasiona. Porque, nótese bien, sino era capaz de apasionarse el D. Juan de los demás poetas, lo era el de Byron.

(Continuará)

#### UNIFICACION DE FECHAS

Esta ILUSTRACION ARTISTICA, como consta á sus favorecedores, ha prestado preferente atencion á las cuestiones importantísimas de la unificacion de los meridianos y eleccion de uno universal, para uniformar los cálculos de las longitudes geográficas en todas las naciones, y el cómputo del tiempo cosmopolita. El congreso internacional reunido en Washington en octubre de 1884 con tan nobles y científicos fines, hizo concebir á los amantes de las ciencias grandes esperanzas de que se llegaria definitivamente á un acuerdo internacional, conveniente á todos los pueblos de la tierra. Pero con el disentiimiento de Francia y del Brasil en admitir para Magistral comun de todas las naciones civilizadas el Meridiano de Greenwich, y con los votos negativos, ó las abstenciones de nueve muy importantes potencias marítimas respecto al sentido de la Cuenta de las Longitudes y al Inicio del Día Cosmopolita, se han frustrado por ahora los loabilísimos pro-

(1) No hay plazo que no se cump'a, ni deuda que no se pague.

pósitos que impulsaron á los Estados Unidos á reunir en Washington un Congreso internacional, con el fin de unificar las Longitudes y establecer un cómputo del Tiempo Absoluto.

España ha tenido que resignarse al presente estado de cosas, porque la Unificación de las Longitudes y el establecimiento del Día Universal reclaman la unanimidad de todos los gobiernos civilizados; y si Francia, Alemania, Suecia, Holanda, Italia, Austria y Turquía, importantes potencias marítimas, no las aceptan, y si también disienten el Brasil y Suiza, ¿de qué serviría la aquiescencia de España, aun en el caso de no haber votado contra ellas?

Por otra parte, no puede echarse en olvido que las resoluciones de Washington sobre el sentido de la cuenta de las Longitudes y el inicio del Día Cosmopolita, están en oposición con las correspondientes recomendadas por la Asociación Geodésica Internacional en su séptima Conferencia de Roma en octubre de 1883. Grande es la autoridad del Congreso Internacional de Washington; pero nadie habrá capaz de declararla superior á la competencia técnica y científica de la Asociación Geodésica Internacional, para preferir, *sin especialísima discusión*, las unas á las otras.

Ultimamente, la Unificación de las longitudes y el establecimiento de las Horas y las Fechas Universales requieren, no sólo la unanimidad de las naciones representadas en el Congreso Internacional de Washington, sino también el de todas las demás no presentes allí ni en la séptima Conferencia de la Asociación Geodésica Internacional de Roma: (Portugal, Dinamarca, Bélgica, el Perú, la República Argentina...); con tanto mayor motivo, cuanto que cualquiera clase de resoluciones que se adopte, implicará siempre un cambio trascendental en la Cronología, que no cabe llevar á cabo sin el consentimiento universal. Pero, como el *statu quo* es anticientífico, y además perjudicial para la buena organización de las grandes líneas de comunicaciones terrestres y marítimas; como las dilatadas líneas telegráficas y los cables submarinos están evidenciando á cada paso el hoy intolerable absurdo de que *en el mismo instante* del tiempo absoluto aparezca que en la estación desde donde se remite el despacho sea, por ejemplo, lunes, y en la que se recibe sea domingo todavía, ó al revés; y, en fin, como la *ciencia* tiene interés cual la *práctica* en una resolución definitiva, resulta que es general el deseo de un acuerdo universal; y, haciéndose España intérprete de estas aspiraciones generales, se están dando pasos para que, puestos de acuerdo los ministerios de Fomento y de Marina, después de oír el parecer de sus departamentos científicos, se redacte un programa de puntos concretos y definidos, conducentes al *inmediato planteamiento práctico* de la unificación de las longitudes y del Registro Universal del Tiempo en absoluto; para que, á mayor abundamiento, se interese otra vez en el asunto la alta competencia de la Asociación Geodésica Internacional; y para que, conciliados intereses y aunadas voluntades, en cuanto sea posible, por los medios diplomáticos al alcance del Gobierno, quepa en breve término á nuestra querida patria la honra de convocar á todas las naciones de la civilización, á fin de que un nuevo Congreso Internacional obtenga en Madrid, por unanimidad de votos, la solución definitiva.



NO HARIA MAL MODELO

Los hechos consumados tenían encerrada la discusión de tan trascendentales y civilizadores problemas dentro de límites que nadie osaba traspasar, por temor de producir notas discordantes en lo que parecía armonizar las opiniones de los delegados de la mayor parte de las naciones concurrentes al Congreso Internacional de Washington. Los acuerdos de la Asamblea Geodésica Internacional de Roma parecían un excelente punto de partida; y todos, creyendo que esos acuerdos se captarían la aquiescencia general, procuraban ajustarse en lo posible á ellos. Pero, visto el resultado del Congreso Internacional de Washington, conocido el disenso de Francia y del Brasil, siendo ya del dominio público las abstenciones ó votos negativos de importantes naciones marítimas sobre varias resoluciones del Congreso, y considerando que no cabe adoptar un cambio trascendental en la Cronología sin el consentimiento de las naciones no concurrentes á Washington, resulta que, tanto en el extranjero como en la Península, se han creído en libertad las personas competentes para exponer nuevas ideas sobre la unificación de las longitudes y el cómputo del Tiempo absoluto.

Y en verdad que no se ha quedado á la zaga de los

demás nuestro país, tocante á la solución de tan importante asunto. En la Memoria del Ministerio de Marina (1) sobre el Congreso Internacional de Washington, consta una solución tan sencilla, que verdaderamente pasma el considerar cómo ántes no se haya ocurrido á cuantos le dedicaran la perspicuidad de su atención.

En efecto, nada tan evidente para los que han estudiado estos problemas como las proposiciones siguientes:

Es imposible que los residentes habituales de una localidad dejen de referir los acontecimientos de la vida cotidiana á las alternaciones solares de luz y de sombras; por consiguiente sería estéril todo intento de suprimir los conceptos precisos de *medio día* y de *media noche*; y hasta los muy vagos de *madrugada*, *mañana*, *tarde*, *primanoché*... Las ideas de *medio día* y *media noche* son, pues, fijas é inalterables, por no depender en modo alguno de ningún convenio humano.

Pero el uso de *referencias locales* á los períodos de luz y de sombra en cada lugar de la tierra, ó bien el uso de *horas locales* no impone la *multiplicidad de FECHAS* también

(1) Redactada por el teniente de navío D. Juan Pastorin.





MODESTIA, cabeza de estudio por J. Zenisek

locales, dependientes de la media noche de cada punto de la tierra.

La multiplicidad de FECHAS locales ó sea la *multiplicidad de Registros de las culminaciones de SOL referidas á cada meridiano de localidad*, es hoy innecesaria; y por tanto, anticientífica.

Basta para el Cómputo Absoluto del Tiempo con una SOLA Fecha Universal, referida á la *media noche* de un predeterminado Meridiano Cero, definido por un observatorio de primer orden.

Bastando una *sola* Fecha Universal, deben resultantemente ser abolidas todas las FECHAS de la localidad.

Abolida la innecesaria multiplicidad de las FECHAS locales, el Meridiano de conveniencia mayor para el Registro del Tiempo será aquel que se encuentre próximamente hácia el medio de los países más populosos y civilizados de la tierra; á fin de que en ellos no se cuenten dos FECHAS universales durante las horas de los negocios.

Al efecto, los meridianos de primer orden más convenientes serian los de Paris, Berlin ó Greenwich.

Pero, atendiendo al material cartográfico existente, y á lo equitativo de causar á la actual generacion la menor suma de perturbaciones posible, el Meridiano más adecuado para la Unificacion es el de Greenwich.

Siendo continua la cuenta del Tiempo, debe serlo tambien la de la Longitud en sentido contrario al de la rotacion terrestre.

La Unificacion, pues, se conseguirá facilísima y sistemáticamente:

- conservando, por ineludibles, las horas locales;
- aboliendo las FECHAS de localidad;
- acordando una *sola* FECHA Cosmopolita, referida á un *solo* Meridiano Magistral;
- admitiendo para todo el Mundo ese Magistral como el Unico Cero de Longitud, contado en sentido contrario al de la rotacion terrestre;
- y haciendo obligatoriamente de uso Cosmopolita las Horas y las subdivisiones de cada FECHA Universal.

Así, pues, con *horas locales*, más sin *fechas de localidad*, y con un *solo* Meridiano, origen Cosmopolita de las cuentas del Tiempo y de la Longitud, todos los puntos del globo cambiarían de FECHA Universal en el mismo instante de tiempo absoluto, cuando en cada localidad se verificase la ecuacion siguiente:

$$\text{Hora local} + \text{longitud} = 24$$

Este sistema no alteraría sensiblemente los usos actuales de Europa. En Madrid empezariamos á contar los dias de la semana, no precisamente en el instante justo de nuestra media noche actual, sino un cuarto de hora ántes. En Utrecht, Amsterdam, Marsella... cambiarían de fecha veinte minutos despues de su respectiva media noche; en Hamburgo, Altona, Gotinga, Cristiania..., llegaría el retardo á cuarenta minutos; á cincuenta en Roma, Leipzig, Copenhague...; á dos horas en San Petersburgo; á dos y media en Moscou... En Constantinopla, Chipre, Suez... los dias de la semana empezarian á las dos de la noche local... Pero, ¿tendrian importancia estos cambios? ¿No se levantarían, como ahora, los habitantes de todos esos puntos contando nueva Fecha?

En la América del Sur se verificaria el cambio de FECHAS siendo ya de noche, por la época de los equinoccios. En Natal, Pernambuco y Bahía, la nueva FECHA Universal se contaría dos horas y media ántes de su actual media noche. En Rio Janeiro tres horas ántes que ahora; en Buenos Aires, Montevideo..., cuatro; ménos de cinco horas ántes de media noche en Puerto Rico, Caracas, Venezuela, Copiapó, Valparaiso, Santiago de Chile, Valdivia...; y poco despues de anochecer, en Cuba, Jamaica, Panamá, Guayaquil... Por lo tanto, habiendo de verificarse despues de las horas de los negocios el cambio de fechas en toda la América del Sur, no parece que sus pueblós pudieran presentar seria hostilidad contra la necesaria abolicion.

Ya en la América del Norte hay que distinguir. No

deberán oponerse los residentes en la parte más poblada y más importante del Canadá y de los Estados Unidos, —Quebec, Monreal, Boston, Nueva York, Filadelfia, Baltimore, Washington... que cambiarían de FECHA una hora despues de anochecido, cuando ya todos los negocios habrian terminado. Nueva Orleans, Veracruz, Méjico... tendrían que cambiar poco ántes de anochecer, y tampoco podrían oponer seria dificultad. Sólo en el Pacífico y en sus costas, y en las regiones no muy distantes de esa inmensa extension de agua, seria donde el cambio de las fechas, ó sea el principio de los dias de la semana, chocaria con el uso actual. En San Francisco de California, el cambio coincidiría con el instante de cerrar los escritorios á las cuatro de la tarde. En Malaca, Sumatra, Java, Borneo, Manila y demás puntos de Filipinas, de una á dos horas despues de amanecer.

Pero, ¿va el mundo civilizado á privarse de las ventajas de una Cuenta Universal del tiempo en absoluto, porque la reforma contrarie los hábitos de una, muy respetable ciertamente, pero muy insignificante minoría del pueblo Norte-Americano y de los pueblos colonizados en Oriente por los europeos? Por muy atendibles que fueran los intereses de los habitantes del centro comercial de California y los del Oriente asiático, siempre deberían ceder en obsequio del gran número; ciertos esos individuos de que en la gran solidaridad humana, refluirán sobre ellos las ventajas de los demás, de cuyos beneficios participarán, y cuyas utilidades compensarian al cabo ó desde luego, más que pródigamente, las perturbaciones de la reforma (dado que tales perturbaciones mereciesen exageradísima consideracion).

Si se adoptase el sistema contenido en las proposiciones antecedentes, no cabria solucion más científica ni más práctica, y tocaría á nuestra patria la honra de haber resuelto sencillamente problemas de tanta magnitud y de tanta importancia.

E. BENOT

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMON

